Juan de la Plata

El flamenco que he vivido

Vivencias, escritos y recuerdos de un viejo aficionado

LOS PRIMEROS PREMIOS
DE LA CÁTEDRA

Los primeros premios de la Cátedra

Recuerdo que ese año fue cuando creamos, y dimos por primera vez, los Premios Nacionales de Flamenco de la Cátedra que se han venido concediendo periódicamente, hasta el año 2008, en que escribo estas notas, distinguiendo siempre la mejor labor artística de los profesionales; la investigación y la divulgación; y las labores mediática, fonográfica, de enseñanza, de entidades, de promoción, etc. que más se hubieran destacado en el panorama nacional del flamenco.



El cantaor Antonio Mairena, recibiendo sendos catavinos de plata del primer premio nacional de investigación concedido por la Cátedra, por el libro "Mundo y formas del Cante Flamenco", escrito en colaboración con el poeta y flamencólogo cordobés, Ricardo Molina. El guitarrista Manuel Cano recibiría el primer premio nacional concedido a su disco "Evocación de la guitarra de Ramón Montoya".

Aunque en principio, la idea fue la de otorgar, anualmente, tan solo dos premios: uno al mejor trabajo de investigación y otro al mejor disco de flamenco. Los dos primeros premios, concedidos en el año 1964, serían para el libro de investigación "Mundo y formas del cante flamenco", original de Ricardo Molina y Antonio Mairena, y para el disco del maestro granadino Manuel Cano, titulado "Evocación de la guitarra de Ramón Montoya". Ambos los entregué yo, personalmente, en el transcurso del Solemne Recital de Cante y Baile, que la Cátedra celebró al aire libre, en la recoleta plaza de los Cordobeses, en el barrio de San Mateo.





Fiesta en la primitiva sede de la Cátedra, en la Mezquita del Real Alcázar de Jerez, la noche de los premios de 1964. Antonio Mairena cantándole a Tomás, el hijo de Manuel Torre y (abajo) brindando con Juan de la Plata y Manuel Ríos Ruiz.

Con diversos actos y la colocación de una corona de laurel, sobre la placa existente en la casa donde vivió, en la calle Cazón, celebramos en 1965, el primer centenario del nacimiento del célebre cantaor jerezano, don Antonio Chacón; quien luego resultó que realmente había nacido cuatro años después, pero nosotros nos habíamos guiado por la fecha de su nacimiento, que él mismo había dado, en vida, en una entrevista

concedida al "Caballero Audaz", en un periódico madrileño. La corona de laurel la colocamos, entre la bailaora jerezana, Rosa Durán, primera figura del tablao madrileño "Zambra" y yo, acompañados ambos de mi compañero el torero-poeta Pepillo, en su calidad de relaciones públicas de la Cátedra.

Ese mismo año rendimos un homenaje literario, de carácter póstumo, con participación de distintos miembros de la Cátedra, como Antonio Murciano, Manuel Ríos Ruiz y otros, además del escritor Jesús de las Cuevas, y el recitador Antonio Núñez Romero, al poeta y gran divulgador del flamenco, José Carlos de Luna, fallecido el año anterior y que, entonces no se sabía, pero yo descubriría muchos años más tarde que, aunque malagueño de nacimiento (Málaga, 1890), era oriundo de Jerez, donde habían vivido antepasados suyos con el mismo nombre y apellidos, procedentes de la vecina población de Arcos de la Frontera. Eso explicaría, tal vez, el por qué dicho escritor gustara de pasar frecuentes temporadas en Jerez, donde gozaba de muy buenas amistades y que, incluso, visitara con frecuencia el Circulo Lebrero, a la puerta del cual, en plena calle Larga, le viera yo sentado, algunas veces, en compañía de varios socios, entre ellos el viejo conde de los Andes, que había sido ministro del rey Alfonso XIII y tenía fama de ser tan buen aficionado al flamenco como J. C. de Luna, sintiendo ambos predilección por el cante del jerezano Francisco Fernández "Cabeza", viejo amigo mío, al que solían llamar con frecuencia, para que les cantase, según confesión personal de este cantaor, hecha en un periódico en 1950.

Según es sabido, José Carlos de Luna, escritor muy prolífico, que incluso llegó a ser gobernador civil de Sevilla y Badajoz, vivió en la opulencia, como rico terrateniente, falleciendo más bien escaso de recursos; pues en su tierra llegaron a darle un premio de veinticinco mil pesetas, por su labor difusora del flamenco, cuando se encontraba enfermo y necesitado, falleciendo poco después. Su obra está dispersa en numerosos artículos periodísticos, publicados a partir de los años veinte y algunos libros; siendo el más conocido el titulado "De cante grande y cante chico", donde clasifica los cantes según su categoría musical y expone su famosa teoría del triángulo geográfico del nacimiento del cante; haciendo una descripción, más bien lírica y sin profundizar, de todos los estilos.

Su poesía neopopular y muy recitable fue dada a conocer por los más notables declamadores –entre ellos, José González Marín, Gabriela Or-

tega, Lola Flores, Manuel de Mozos y otros muchos–, destacando entre los más conocidos su popular poema dedicado a su paisano el cantaor malagueño "El Piyayo"; aquél cuyos singulares tangos resucitó Mairena, en uno de sus discos.



La famosa bailaora jerezana Rosa Durán, primera figura del mítico tablao "Zambra", de Madrid, acompañada de Juan de la Plata y de José González "Pepillo", relaciones públicas de la Cátedra de Flamencología, momentos antes de colocar una corona de laurel, en la casa de la calle Cazón, donde existe una placa conmemorativa de haber vivido en ella, el célebre cantaor don Antonio Chacón, con motivo del centenario del nacimiento de éste.

Entre mis primeras lecturas flamencas, recuerdo yo, apenas un niño, la del libro "De cante grande y cante chico", en cuya clasificación llegué a creer, hasta el punto de caer en la trampa de reflejarla en mi juvenil primer libro, "Flamencos de Jerez", fruto de mi total inexperiencia, que publiqué en 1961, pero que fue escrito varios años antes, para un con-

curso que hizo el Ayuntamiento jerezano y al que me presenté, sin ganarlo. Pero, más tarde, el mismo Ayuntamiento, se preocupó en recuperar el original que ellos mismos habían extraviado, y me lo publicaron, sin más revisión por mi parte. Fue una obra de juventud de la que solo tengo que arrepentirme del tratamiento clasificatorio de los cantes, a los que yo, además, y para mayor error en mi contra, coloqué otros como "cantes intermedios", después de seguir la línea marcada por José Carlos de Luna, acerca de que los cantes se dividían en chicos y en grandes. El único consuelo que tengo es que, en la misma trampa que yo, también cayeron otros muchos flamencólogos, creyendo durante mucho tiempo que los cantes eran como había dejado dicho el poeta malagueño; hasta que otro poeta, éste gaditano, miembro de la Cátedra y gran amigo mío, Fernando Quiñones, con mucho más acierto y conocimiento, dijo aquello otro de que el cante es grande o chico, únicamente en función del cantaor que lo interpreta; y, a partir de ahí, la clasificación de José Carlos de Luna quedó completamente obsoleta y olvidada, para siempre.

Como anécdota, debo añadir, que cuando le dieron el premio de Málaga a J. C. de Luna, sería Fernando Quiñones, precisamente, junto con otros jurados –Caballero Bonald y alguien más–, según me confirmó, entonces, el flamencólogo gaditano, quienes propusieron mi nombre, para dicho galardón; resultando yo finalista y ganándolo, a última hora, –al parecer, por imposición de los convocantes del premio, y a propuesta del ayuntamiento malagueño– el anciano autor al que, por otra parte, ni yo ni mis compañeros nunca tuvimos posibilidad de tratar, personalmente, ni por carta; siendo, por lo tanto, el único escritor de flamenco que nunca perteneció a la Cátedra de Flamencología, ni tuvo contactos de ninguna clase con ella, a pesar de que le dirigimos alguna carta invitándole a colaborar en nuestro proyecto. Sí tuvo varios contactos, sobre flamenco –sobre todo, en relación con el concurso del año 1962, que ganó "Jarrito"–, con nuestro presidente honorario y viejo amigo suyo, Tomás García Figueras, quien nos pasó algunas de sus cartas, a él dirigidas, sobre dicho tema, para el archivo de la Cátedra. Sería García Figueras, alcalde de Jerez, quien presidiría el homenaje que, por su iniciativa, la Cátedra le rindió, a pesar de que nunca quiso pertenecer a ella, según se desprendía de su prolongado silencio epistolar. No obstante, cuando nosotros creamos, en 1964, año de su muerte, los Premios Nacionales de Flamenco, ante la enorme repercusión que tuvieron, escribió un artículo, creo que en el "ABC", de Madrid, donde

solía colaborar, bautizándolos como "Los oscars del flamenco", y eso fue lo único que tuvimos que agradecerle.